



## Memoria mesoamericana Maíz de temporal y ritualidad en la región del Nevado de Toluca, Estado de México

Recibido: 11.07.18  
Aprobado: 21.09.18

**Beatriz Albores**  
*El Colegio Mexiquense, A. C.*  
*betuka9@gmail.com*

### RESUMEN

El artículo trata del cultivo de maíz en una zona lacustre con volcanes nevados, mediante el sistema de humedad y temporal, y su vínculo con algunos rituales y la conceptualización del mundo, respecto a dos cuentas calendáricas mesoamericanas. Hoy, el trabajo —residual— en la milpa es expresión de identidad, como diario sustento de la población local, y —en tanto forma de conocimiento— una posibilidad de recuperar la producción del divino maíz —con el que los dioses crearon la humanidad— ante el crítico problema de su desabasto.

**PALABRAS CLAVE:** maíz; sistema de humedad y temporal; ritual y conceptualización del mundo; cuentas calendáricas mesoamericanas.

## Mesoamerican Memory. Rain-fed corn and rituality in the region of Nevado de Toluca, State of México

### ABSTRACT

This article approaches maize cultivation in a lake area with snow-capped volcanoes, through a production system based on rainy season and moist soil, its connection with some rituals and world conceptualizations, in relation with two Mesoamerican calendrical accounts.

**KEYWORDS:** maize; production system based on rainy season and moist soil; ritual and world conceptualization; Mesoamerican calendrical accounts.

## Introducción

**T**rataré algunos aspectos de tipo económico, religioso y de la *conceptuación* del mundo —que se cuentan entre las principales formas de conocimiento de origen mesoamericano— sobre una *zona lacustre de altura con volcanes nevados*, en el Estado de México. Es la zona media o central de la región que ocupó la jurisdicción otomiana del Matlatzinco.

La resistencia cultural de los pueblos mesoamericanos, en particular desde la conquista española (en el siglo xvi) y luego del despegue industrial del país (en el siglo xx), ha transitado por distintos derroteros y tenido resultados diferenciados. Un caso paradigmático lo encontramos en la subcuenca inicial del río Lerma —donde se ubicó la laguna de Lerma—, que fue conocida, entre otras cuestiones, por su magnífica producción maicera desde tiempos antiguos (Sahagún, 2000, t.II: 962-967, Carrasco, 1950: 48, Quezada, 1972: 103). El cultivo del maíz —que, junto con los rituales conexos, tuvo una importante continuidad— empezó a menguar de manera drástica a mediados del siglo pasado, de manera que en varios pueblos, en los que deja de cultivarse, las festividades van despojándose de las significativas implicaciones de antaño.

Así, el registro etnográfico sobre el sistema agrícola principal en esa zona: el cultivo del maíz de humedad y temporal —que estaba en plenitud en la primera mitad del siglo xx— y acerca del calendario festivo correspondiente apunta hacia las formas de conocimiento mesoamericano como expresiones no sólo de la identidad y de la resistencia cultural locales; su estudio —al igual que el de otras formas de producción, agrícolas y no agrícolas— también adquiere una importante significación, al evidenciar adaptaciones al entorno local. En efecto, el cultivo del maíz de temporal —como el de humedad y riego— en la zona media o central del antiguo Matlatzinco, ejemplifican la adecuación agrícola a un tipo de entorno lacustre dentro del territorio que abarcó Mesoamérica, como una particularidad cultural de los pueblos que han habitado esta superárea. Al respecto, cabe recordar lo que atañe a los orígenes de la agricultura en áreas lacustres y lo relativo a la adaptación ancestral del cultivo efectuado en las más altas

regiones de México, frente a las drásticas limitantes climáticas.

Por ello, el interés que suscita el análisis de este sistema agrícola de temporal es, no únicamente en cuanto al aspecto técnico y a su importancia económica en la historia de Mesoamérica y de México, sino también por otras cuestiones culturales relevantes. Esto es, considerando que aunada a la práctica agrícola de temporal han trascendido peculiares nodos rituales, entre otros aspectos; aspectos que representan uno de los más intrincados accesos al conocimiento antiguo. En tal sentido, el propio cultivo del maíz y la actividad ritual correspondiente muestran aspectos comunes respecto a la manera mesoamericana de conceptuar el tiempo-espacio o *conceptuación* del mundo (Albores, 2006<sup>a</sup>: 71, 75), que estructuró las manifestaciones económicas, sociales e ideológicas antiguas, algunas de las cuales han tenido cierta continuidad, a pesar de las profundas transformaciones ocurridas, sobre todo, desde el siglo xvi.

## Un entorno lacustre de altura

El volcán Nevado de Toluca ha sido la principal entidad geográfica<sup>1</sup> y cultural —y en ciertos aspectos religiosos y míticos—<sup>2</sup> de la región que durante el Posclásico ocupó la jurisdicción otomiana, situada al poniente de la cuenca de México. Se trata del Matlatzinco, nombre náhuatl con el se conoce casi únicamente, en el ámbito académico, esa jurisdicción político-administrativa, que se integró hacia 1162 n.e. (de nuestra era) con población hablante de idiomas otomianos —matlatzinca, otomí, mazahua y ocuilteco—. En el último cuarto del siglo xv n. e.,

1 Lo que presento incorpora avances de mi investigación sobre ritual agrícola, si bien se basa en trabajos previos, sobre todo lo relativo al apartado general acerca de la zona y la región de estudio. He ampliado y/o profundizado ciertos aspectos e introduje precisiones, correcciones o modificaciones a cuestiones expuestas con anterioridad.

El volcán Nevado de Toluca es la entidad orográfica mayor de la región que ocupó el Matlatzinco. Arce *et al* (2009: 31) registran 4,680 msnm (metros sobre el nivel del mar) para ese volcán, es decir, casi 4,700 metros de altitud.

2 El Nevado es la más importante deidad —del grupo de los Tlaloques, dadores de los mantenimientos— de algunas agrupaciones de especialistas rituales de los municipios aledaños (Albores, 2006a). Por su altitud, el volcán Nevado de Toluca ha sido llamado en los relatos míticos regionales: «el hermano mayor», en asociación con la otra entidad sagrada que le sigue en altura, el volcán Jocotitlán (3,950 msnm), al cual se le denomina «el hermano menor» (Albores, 1995: 68).

el Matlatzinco fue sojuzgado por la Triple Alianza, cuyo grupo hegemónico —los mexica-tenochcas— trataron de imponer prioritariamente su lengua, el náhuatl, como parte de su política imperial. Así, lograron desplazar a un lugar secundario al matlatzinca en la zona central de aquella jurisdicción (Albores, 1985), donde, a la llegada de los españoles en el siglo xvi, se hablaba, además, otomí y mazahua<sup>3</sup>.

El territorio ocupado por el Matlatzinco —que empezó a llamarse Valle de Toluca desde el comienzo del virreinato<sup>4</sup>— se sitúa sobre las porciones mexiquenses más altas de los ríos Lerma y Balsas. De acuerdo con un criterio geográfico-cultural, ese territorio puede sub-dividirse, preliminarmente, en tres zonas: la septentrional o *serrana* —de tradición lingüística otomiana mazahua y otomí—, la sureña o de *cañadas en sierras descendentes* —con hablantes otomianos de ocuilteco— y la central, media o *lacustre*<sup>5</sup>, que es la más pequeña, en la que se habló el matlatzinca de manera mayoritaria (Albores, 2006b: 264-265).

El paisaje de la zona media se particularizó por la presencia del volcán Nevado de Toluca y de la ciénaga o laguna de Lerma, la cual fue desecada casi en su totalidad en la última mitad del siglo xx; hasta entonces, ese depósito acuático —extendiéndose a 2570 msnm (Arce *et al.*, 2009: 25, 279)— se originaba por la contención del río Lerma en su primera sub-cuenca —que es semicerrada—, a partir de la cual emprendía su descenso hacia el océano Pacífico. Se trata de un paisaje que tipifica en términos mesoamericanos el *entorno lacustre de altura*

*con volcanes nevados*<sup>6</sup>, al cual también pertenece el de la cuenca de México.

Entre las prominencias orográficas de esta zona se cuenta el volcán Olotepec (3250 msnm) que contiene en su cima un importante santuario que ha congregado, desde el pasado mesoamericano, a distintas corporaciones de especialistas rituales, conocidos con el nombre genérico de «graniceros» (Albores, 2006b: 73-74), como veremos con mayor amplitud más adelante.

Si bien la zona media del antiguo Matlatzinco se sitúa a una latitud —muy favorable— de 19° N (norte), su altitud —que va desde cerca de los 2,600 hasta alrededor de los 4700 msnm— ha implicado la necesidad de adaptar la agricultura a ciertas limitantes que imponen las condiciones ambientales debido, sobre todo, al despliegue anual de las heladas. En relación con lo anterior, en el presente trabajo me referiré en particular a uno de los sistemas agrícolas de humedad más importantes: el «cultivo del maíz de temporal»<sup>7</sup>, si bien haré mención al otro sistema de humedad: el de riego. Mi descripción será esquemática<sup>8</sup> puesto que persigue la finalidad de mostrar, por una parte, algunas implicaciones del medio lacustre de altura con volcanes nevados sólo en lo relativo a ciertos aspectos del cultivo maicero. Y, por otra parte, destacar el profundo conocimiento de origen mesoamericano de los pobladores locales sobre el entorno natural y su creatividad para conseguir el divino maíz. En este sentido, procuro evidenciar el vínculo

3 Además de las lenguas otomianas, distintas variantes dialectales del náhuatl se hablaron de manera minoritaria, en el territorio que ocupó el Matlatzinco, desde antes del sojuzgamiento de los mexica-tenochcas.

4 Valle de Toluca es, de hecho, uno de los apelativos alternos —con los que, a la llegada de los españoles, se denominó la superficie aproximada que abarcó el Matlatzinco—, el cual llegó a prevalecer sobre los demás, algunos de los cuales son: «Matalcingo» —castellanización del término náhuatl *Matlatzinco*—, «valle de Toluca y Matlatzinco» y «valle de Matlatzingo». Sobre los significados con los que se ha utilizado el binomio Matlatzinco/«Valle de Toluca», como un concepto histórico, puede consultarse Albores (2006b).

5 He llamado «Alto Lerma mexiquense» (Albores, 1998b: 187) a la parte inicial de esta corriente fluvial que corresponde al Estado de México, para diferenciarla de las otras partes superiores de la cuenca, que pertenecen a los estados de Michoacán, Querétaro y Guanajuato. Con base en lo anterior, también he llamado a la zona central del antiguo Matlatzinco: zona lacustre del alto Lerma mexiquense, así como «valle de Toluca», en sentido estricto. Sobre el sentido «original» y el sentido «estricto» del concepto «valle de Toluca», puede consultarse Albores (2006b).

6 En relación con este tipo de entorno natural puede consultarse Albores (2006a).

7 «Cultivo del maíz de temporal», «ciclo del maíz de temporal» o «ciclo agrícola del maíz de temporal» son denominaciones relativas al ciclo de cultivo anual del maíz. La parte principal de este ciclo agrícola —en cuanto al desarrollo de la planta, mas no las principales etapas de siembra— se ubica en la época lluviosa, correspondiente a una de las mitades o temporadas meteorológicas en que el año trópico ha sido dividido, con base en la forma mesoamericana de conceptualizar el mundo o *concepción del mundo* (Albores, 2006a: 71, 75). Es, entonces, una división conceptual con implicaciones distintas, en particular religiosas. En este marco cabe recordar que, a diferencia del año vago que cubre 365 días, el año trópico abarca cerca de un cuarto de día más, o sea 365.24220 días (Aveni, 1991: 116). En lo relativo al sistema de temporal, concierne al cultivo del maíz, Rojas (1991: 82) indica que «la agricultura que depende de la lluvia estival, por eso llamada en México de temporal, era sin duda la dominante en Mesoamérica», además de que «probablemente ocupaba un área mayor», donde «se producía la mayor parte del abasto de las poblaciones campesinas prehispánicas».

8 Descripciones analíticas de ambos sistemas las he realizado en ocasiones previas, algunas de las cuales corresponden a Albores 1998a y 2002.

de un conjunto de fiestas religiosas con las formas de conocimiento antiguo, como la de tipo económico que comprende, entre otras, a la práctica agrícola. Finalmente trataré, mediante el proceso agrícola de temporal, lo que en mi opinión constituye un ejemplo de la manera en que los mesoamericanos establecían la unidad conceptual —que se expresa en la imbricación de las cuentas calendáricas de 260 y 365 días— en el marco de la diversidad geoambiental del territorio que abarcó Mesoamérica y de las especificidades culturales de sus habitantes.

### La zona central, su entorno lacustre y el despliegue agrícola

En la zona media del antiguo Matlatzincó tuvo lugar una vía mesoamericana del desarrollo cultural. En este proceso, la Laguna de Lerma —al igual que muchos depósitos dulceacuícolas de Mesoamérica— revisió un aspecto nodal debido a su *cualidad básica como fuente de alimentos en todos los tiempos*. Teóricamente, su producción de caza, pesca y recolección —de fauna y flora acuáticas— posibilitó el surgimiento de un modo de vida lacustre (MVL) desde tiempos preagrícolas, cuya cobertura histórica finalizó a causa del despegue industrial en el siglo xx. Así, el entorno acuático pudo permitir el establecimiento sedentario de grupos humanos antes del cultivo agrícola y fue una base propicia para el surgimiento de éste, mediante dos formas de humedad. Una, en la orilla de la ciénaga y, otra, en las partes más distantes de la laguna, como veremos con mayor detalle más adelante. Luego del despunte agrícola, los productos acuáticos representaron, como mantenimiento y medio de vida, un soporte fundamental para las formas económicas subsecuentes (Albores, 1990). De manera que, habiéndose originado gracias a la producción lacustre, con el apoyo de los recursos provenientes del contorno montañoso, el tejido económico se desplegó, en la zona central, a partir de varias prácticas agrícolas.

Con posterioridad, a la llegada de los españoles los pastos de la ciénaga se usaron en la alimentación de todos los animales domésticos que se introdujeron, favoreciéndose el comienzo de una ganadería *lacustre* y su impactante desarrollo, mediante un forrajeo afuera de la laguna y en su mismo interior, sobre

las gruesas capas de vegetación acuática. La actividad ganadera —con una amplia serie de sus derivados— imprimió un sello importantísimo a la economía de la zona central del antiguo Matlatzincó hasta su desplazamiento por la industrialización, marco en el que la laguna de Lerma fue desecada casi en su totalidad —entre 1942 y 1970— y el MVL vio su fin. Ello ocurrió por la construcción del acueducto y el posterior bombeo del agua del alto Lerma hacia el Distrito Federal para dotar de agua potable a su población que se incrementó rápidamente, en el marco del despegue capitalista en el centro del país. No obstante la quiebra de la vía lacustre, ésta experimentó una trascendencia *dilatada* mediante varias actividades económicas. El caso típico lo encontramos en uno de los 20 municipios que conformaron la zona lacustre del alto Lerma mexiquense en la etapa final del depósito acuático, que tuvo lugar de 1900 a 1970<sup>9</sup>. Me refiero a San Mateo Atenco, donde la práctica ganadera dio un impulso a la zapatería, misma que transitó del trabajo individual y del taller artesanal a la fábrica de calzado, proceso que condujo al cambio económico por la *industrialización municipal interna*.

### Dos formas agrícolas de humedad en San Mateo Atenco

El municipio mexiquense de Mateo Atenco es representativo de los pueblos ribereños de la zona media del antiguo Matlatzincó —en la última etapa de la laguna de Lerma— y de la línea lacustre del desarrollo cultural que en aquélla tuvo lugar. Uno de los aspectos de particular interés de este municipio mexiquense tiene que ver con la práctica agrícola. En efecto, el cultivo de temporal<sup>10</sup> —que analizaré con más detenimiento— es una de las dos formas de humedad que tuvieron lugar en aquel municipio, mediante respectivos sistemas agrícolas: el de humedad y riego y el de humedad y

9 En la etapa final de la Laguna de Lerma —1900-1970— los municipios mexiquenses que compartieron el depósito acuático, conformando la zona lacustre del alto Lerma mexiquense son, además de San Mateo Atenco: Almoloya del Río, Atizapán, Calimaya, Capulhuac, Chapultepec, Joquicingo, Lerma, Metepec, Mexicaltzingo, Ocoyoacac, Otzolotepec, Rayón, San Antonio la Isla, Tenango del Valle, Temoaya, Texcalyacac, Tianguistenco, Toluca y Xonacatlán.

10 Sobre esta variante estoy introduciendo, en mayor medida, algunos avances de mis últimos estudios.



temporal (Albores, 1998<sup>a</sup>, 2002), con base en los cuales se cultivó maíz, así como otras especies.

*Sistema de humedad y riego.* Se llevó a cabo en el territorio municipal ribereño (o «sección de abajo»), a la orilla de la laguna (sobre ésta o en tierra firme) a través de la confección de los predios, denominados localmente «camellones», «huertas» y, con menor frecuencia, «chinampas»<sup>11</sup>, que constituye su nombre técnico (West y Armillas, 1983: 88-114; Rojas, 1983: 9-13; Palerm, 1967, v. 6:37). Su práctica en la porción ribereña se efectuaba mediante el uso del agua de la ciénaga, para el humedecimiento de los terrenos de labor y para su riego.

Dos eran los tipos de huertas, la «altada» y la «zanjeada», conocidas con los respectivos nombres técnicos «de laguna adentro» y «de tierra adentro». La designación de la primera, la huerta «altada» —o elevada— responde a la técnica de su construcción sobre el agua del borde ribereño, ya que se sobreponen o alternan franjas de yerbas acuáticas —o «planchas»— con capas de lodo del fondo de la laguna hasta que el terreno creado, desde la superficie del agua, toca piso. Para consolidar la huerta se sembraban ramas de ahuejote a su alrededor, a fin de que éstas, al enraizar y desarrollarse, fijaran a aquélla en el suelo lacustre. El otro tipo de huerta, la «zanjeada», se hacía sobre la tierra firme del borde ribereño. Se demarcaba el perímetro del terreno de labor, alrededor del cual se cavaba una zanja para llenarla con posterioridad, drenando agua de la ciénaga. Además de maíz, en estas parcelas se cultivaban, de manera continua a lo largo del año, alrededor de 50 especies comestibles, de uso ritual, medicinal y de ornato, sobre todo.

Los camellones eran, generalmente, de ocho a veinte metros de ancho por quince a treinta metros de largo, habiendo algunas de menores dimensiones. Otras se agrandaban tanto que se convertían en predios de cincuenta por sesenta o setenta metros. La superficie cultivable se expandía al unir una o más huertas —a través de la misma técnica de alternancia de capas vegetales y de lodo— y, en la medida en que los predios se adentraban en la laguna, alejándose de la orilla original, se usaban como superficies habitacionales con sus respectivas huertas al frente. Tal procedimiento era llamado por los habitantes de San

Mateo Atenco: «ganar terrenos a la laguna», mediante el cual había sido construido, nada menos, que la «sección» o «parte de abajo» del municipio, que correspondía a la *mitad* territorial de éste. Al respecto, Francisco Valdés Mondragón (1955: 22) —quien estuvo en Atenco— señala que «casi la mitad del municipio se encuentra en plena laguna»!

Debido a que la mayoría de las huertas abarcaba proporciones reducidas, era el mismo propietario quien, con ayuda ocasional de algunos parientes, efectuaba el trabajo requerido. Éste se divide en dos fases<sup>12</sup>, con sus respectivas etapas y lapsos: I) Confección de la huerta, 1) etapa de construcción de la chinampa: a) corte y traslado de «planchas» vegetales lacustres para la huerta «altada», b) elaboración de la huerta, por alternancia de capas de hierbas acuáticas y de lodo, para la huerta altada, o bien mediante «zanjeado», para delimitar la huerta, que se hacía sobre el borde ribereño, 2) etapa de consolidación de la huerta, II) Fase de cultivo, que comprende las siguientes etapas: preparación del terreno, hechura de almácigos, siembra, trasplante a la huerta, deshierbes y cosecha.

En otras ocasiones he mencionado que una de las implicaciones teóricas del medio lacustre, en general, estriba en posibilitar el asentamiento de agrupaciones sedentarias, previas al surgimiento del cultivo agrícola. Así también, como un adecuado soporte para el advenimiento de éste mediante las dos formas agrícolas de humedad que encontramos en San Mateo Atenco y —aunque no exclusivamente— en la zona central del antiguo Matlatzinco (Albores, 1995: 47-48, 93-94, 2006b: 273). En cuanto al sistema de humedad y riego, el paso de los tiempos preagrícolas a los de la domesticación y del cultivo pudo ocurrir por el uso diferencial de las «planchas» o franjas de vegetales acuáticos. Al respecto, en la última etapa de la laguna de Lerma (1900-1970) era costumbre llevar dichas franjas a la intermediación de los hogares ribereños, no únicamente para disponer de vegetales comestibles, medicinales, de uso ritual, de ornato, etcétera, sino también para la construcción de suelo cultivable y/o para habitarlo. Esto significa que la transición de un espacio netamente de extracción —consistente en las planchas con yerbas acuáticas para usos variados— pudo cambiarse a un área de

11 Las palabras y frases entrecomilladas, sin referencia bibliográfica, corresponden a la información textual de los vecinos de la región.

12 Al respecto, consultar Albores, 1998a, 1995: 280-293.

propiciación y de cultivo con la sola incorporación de lodo del fondo lagunero sobre la superficie de la franja vegetal.

*Sistema de humedad y temporal.* Esta forma agrícola se llevó a cabo hasta la etapa final de la laguna de Lerma (1900-1970) —y aún se efectúa de manera ya muy reducida y casi completamente de temporal— en la parte no ribereña (o «sección de arriba») de San Mateo Atenco, como se indicó. A diferencia de las chinampas —que producían durante todo el año—, en los predios de humedad y temporal sólo puede obtenerse una cosecha anual de maíz, después de la cual el terreno de labor no se siembra de nuevo. En tal sentido, sin que se trate de un sistema de temporal de alta intensidad —como los que permiten dos y hasta tres cosechas al año—, su producción anual, continua, es mayor que el de otros sistemas agrícolas de algunas áreas de la zona norteña del antiguo Matlatzinco, donde los predios deben dejarse descansar de uno a dos años<sup>13</sup> (Reyes y Albores, 2010).

Anoté con anterioridad que la parte fundamental del ciclo agrícola del maíz de temporal tiene lugar en la época o *mitad* lluviosa del año trópico. No obstante, en la zona media del Matlatzinco el ciclo parcial del maíz de temporal es más amplio que la época de lluvias —a diferencia de lo que ocurre en otras áreas menos frías—, pues abarca una porción de la *mitad* anual seca, en tanto que el ciclo maicero total comprende el año entero, como se verá de nuevo más adelante. Al respecto, en la zona lacustre —y, en general, en la antigua Mesoamérica— la población particularmente rural y campesina celebra fiestas o ceremonias religiosas que, si bien es común que se establezcan con base en el santoral católico, conservan importantes aspectos de raíz mesoamericana, uno de los cuales es su alusión a las principales fases del cultivo del maíz de temporal. Se trata de celebraciones que son organizadas, dentro del ámbito municipal, por agrupaciones instituidas de encargados o cargueros, que tuvieron su origen en el virreinato.

13 En cuanto a esta cuestión, consultar a Rojas (1985, t. I: 132, negrillas: B. Albores) quien menciona que «Tras la antigua y ya tradicional forma de diferenciar la agricultura según la fuente de aprovisionamiento de la humedad en temporal, humedad y riego» se manifiestan «las diferencias en la intensidad agrícola» como «los sistemas intensivos, ya sea anuales o continuos, y los de temporal», los cuales «rara vez lo fueron de tipo intensivo. Esto no descarta» que «algunos sistemas de temporal fueran más intensivos, bien porque se daban condiciones naturales excepcionales» o bien por «arte del trabajo humano que acondicionó [...] el terreno».

Y las organizan, además, individuos o corporaciones de especialistas rituales de origen mesoamericano, ya sea en forma paralela o en coordinación con los cargueros (Albores, 2004) en espacios territoriales que a menudo abarcan a más de un municipio. Dos corporaciones están integradas por un tipo de «especialistas rituales del tiempo», que se conocen con el nombre genérico de «graniceros» (Albores, 2006<sup>a</sup>: 73) y tienen su santuario en la cima del volcán Oloteppec, como lo dejé anotado. Se trata de respectivas hermandades de dos municipios de la zona media del antiguo Matlatzinco: Texcalyacac, donde los graniceros se llaman «quicazcles», y Joquicingo, específicamente del pueblo de Techuchulco<sup>14</sup>, en el que esos especialistas rituales se nombran «saudinos».

En relación con lo anterior, durante el trabajo de campo que hice a mediados de 1991 surgió a la luz una «estructura de cuatro fiestas», entre los graniceros del Oloteppec<sup>15</sup>, quienes las han celebrado anualmente de manera obligatoria y son: la Candelaria, la Santa Cruz, la Asunción de la Virgen o «la Asunción» y la Llegada de los Muertos o «Muertos», que integran el grupo A (Albores, 2006<sup>a</sup>: 79-81). Su particular significación etnográfica radica en que por vez primera se encontró, en el territorio que ocupó Mesoamérica, el grupo de esas cuatro fiestas vinculadas, de manera orgánica o estructural, mediante la actividad ritual de los graniceros de ese santuario.

Son fiestas que constituyen hitos rituales dentro del año trópico, de manera inicial, de los ciclos agrícola y meteorológico, implicados en el cultivo del maíz de temporal. Éste se ha efectuado en cinco fases<sup>16</sup>, a saber: 1) preparación del terreno, 2) siembra, 3) deshierba, mateado y alomamiento, 4) cosecha y 5) levantamiento del rastrojo, y es en las dos primeras fases donde es posible apreciar, con mayor nitidez, la adaptación del cultivo maicero en este tipo de zonas mesoamericanas de altura con volcanes nevados. Ahora bien, en el lapso en que se efectúa el proceso agrícola aún podemos observar el vínculo del culti-

14 Techuchulco es una localidad —contigua a Texcalyacac— que en 1889 pasó a pertenecer al municipio de Joquicingo (Albores, 2000: 23). Éste y Texcalyacac formaron parte, entre 1900 y 1970 de la zona lacustre del territorio que ocupó el Matlatzinco, como se señaló.

15 El trabajo de campo, en el que tuvo lugar ese hallazgo, lo llevé a cabo de junio a julio de 1991 en el municipio de Texcalyacac, sobre todo, y en Techuchulco.

16 Para información más detallada sobre el sistema agrícola de humedad y temporal puede consultarse Albores, 2002.



vo maicero de temporal a las cuentas calendáricas de 260 y 365 días, cuya articulación caracteriza culturalmente a Mesoamérica.

Por sus especificidades naturales, en la zona media del antiguo Matlatzinco —donde las partes bajas alcanzan alrededor de 2600 msnm<sup>17</sup>— solo se obtiene una cosecha anual de maíz, como lo mencioné, debiéndose evadir el perjuicio que originan sobre todo las heladas. Otras limitantes las imponen el granizo y las lluvias en forma de trombas con vientos huracanados, que llegan a arruinar los plántos. En esta zona, las heladas acaecen de noviembre a principios de marzo, pero algunas se presentan desde el inicio de octubre y aun en septiembre; en cambio otras, tardías, todavía ocurren hacia finales de mayo. Al respecto, es de particular interés el que la fase de siembra —y todo el ciclo agrícola— haya sido limitada ritualmente tomando en cuenta las especificidades ambientales, con lo que se señalan los momentos propicios para llevar a cabo el proceso de cultivo del maíz, lo que implica un conocimiento milenario del entorno natural. Así, aquella fase se acota al inicio por la fiesta de San José, el 19 de marzo y, al final por la de San Isidro Labrador, el 15 de mayo —si bien, según la costumbre, es posible plantar hasta antes de su equivalencia gregoriana, el 25 de mayo (Albores, 2002: 253-254)—, distinguiéndose dos grupos de cultivadores. El primero, que es el *minoritario*, está integrado por los «marceños», cuya siembra —del 19, 20 o 21 de marzo hasta fines de este mes— es, más propiamente, *equinoccial*, puesto que se inicia los días en que generalmente acaece ese evento astronómico, entre el 19 y 21 de marzo. El otro grupo es el *mayoritario* y reúne a los no-marceños, quienes plantan entre los primeros días de abril y mediados de mayo<sup>18</sup>.

Los que siembran en marzo ganan tiempo para que la mazorca acabe de endurecerse antes de que alguna helada tempranera dañe su maduración, pero se arriesgan a perder la cosecha si hiela tardíamente, cuando la planta empieza su crecimiento. En tal

perspectiva, los no-marceños llevan cierta ventaja al comienzo del ciclo, aunque no están exentos de los perjuicios de las heladas tempraneras. Si se planta después del 15 o del 25 de mayo no sólo hay un riesgo mayor, por las heladas, sino también por la posible abundancia de la precipitación pluvial, que acelera el crecimiento de la mata, dificultándose su jiloteo o la adecuada granazón del fruto al llegar los fríos. Por otro lado, las heladas previas a la cosecha de la mazorca madura son benéficas puesto que, al acabar con la hierba de la milpa, le evitan al cultivador el último deshierbe antes del corte del maíz.

Como es posible observar, la parte más intensa de la fase de siembra —que se ubica del último tercio de marzo a fines de abril— se realiza antes de que principie la época lluviosa que, en términos religiosos, está marcada (dentro del territorio que ocupó el Matlatzinco y, en general, Mesoamérica) por las fiestas de la Santa Cruz, a principios de mayo, y la Llegada de los Muertos, al inicio de noviembre (Albores, 2006a: 81). Entonces, para poder plantar es necesario que los predios de labor, que deben prepararse con anterioridad, cuenten con un mínimo de humedad. La solución de este dilema expresa el conocimiento de los cultivadores de la zona lacustre del antiguo Matlatzinco sobre su medio natural y su ingenio para adecuar la práctica agrícola a las correspondientes especificidades, como lo señalé. Al respecto, me referiré al municipio de San Mateo Atenco que ejemplifica, como lo he mencionado, a los pueblos ribereños contenidos por la muralla serrana —que encierra casi totalmente a la zona lacustre—, de la que emergía el Nevado de Toluca.

La gente de Atenco cavó a lo ancho de todo el municipio, al parecer desde tiempos mesoamericanos antiguos<sup>19</sup> (Albores, 1995: 198), canales denominados «zanjas» o «escurrideras» que, desprendiéndose de la parte municipal más alta, desembocaban en la laguna de Lerma. El objetivo de este sistema de canales era llevar hasta la ciénaga el agua que descendía de las montañas circundantes, sobre todo la proveniente de la nieve de la cúspide del Nevado de Toluca, que en particular se derretía durante la etapa más cálida de la época seca del año<sup>20</sup>. A 19°

17 Arce *et al* (2009: 25, 279) señalan que «la cuenca del Alto Lerma» alcanza «una elevación de 2,570 msnm». La altitud de la laguna de Lerma o «lago Chignahuapan es de 2,572 msnm (es decir, casi 2,600 msnm) y tiene un desnivel de unas cuantas decenas de metros respecto a la parte norte de la cuenca, lo que provoca que el drenaje esté dirigido hacia el norte».

18 Un tercer grupo, que es muy pequeño, ha acostumbrado sembrar en el transcurso de toda la fase.

19 Tiempos sobre los cuales los lugareños indican que son inmemoriales.

20 Es la etapa más cálida de la época o mitad seca del año trópico, dentro de la cual, la etapa más fría ocurre del solsticio de invierno a fines de enero. En tal marco, cabe traer a colación que en la tradición

de latitud norte y a una altitud que empieza en los 2600 msnm, esta etapa ocurre después del período de heladas, el cual en general abarca de noviembre al comienzo de marzo, como lo dejé anotado. Es decir, alrededor del equinoccio de primavera y coincide o bien se relaciona, en términos religiosos, con la Semana Santa. Esta celebración católica móvil se fija con base en la Pascua de Resurrección de Jesucristo, que se conmemora el domingo siguiente a la primera luna llena posterior al equinoccio de primavera. Cuarenta días anteriores al Domingo de Ramos (situado 8 días previos al domingo de resurrección) tiene lugar el Miércoles de Ceniza, y un día antes, el Carnaval.

De manera que el agua que bajaba a la laguna, al desbordarse de las zanjas, empapaba los predios agrícolas, confiriéndoles la humedad necesaria para que los campesinos del municipio efectuaran la parte básica de la etapa general de siembra —desde el equinoccio de primavera y la semana santa o hasta ésta, según su acaecimiento— en los terrenos que, luego de su limpia, se preparaban mediante su rotura. En lo que atañe a la cuenta del tiempo astronómico-meteorológico y sus hitos religiosos, cabe recordar que la Semana Santa pueda caer desde la misma semana en que sucede tal evento solar hasta aproximadamente 30-35 días de su ocurrencia. O sea, significativamente, hasta la fiesta de San Marcos. En efecto, pues esta celebración —el 25 de abril— forma parte, (en varias regiones de la antigua Mesoamérica entre las que se encuentra la del Nevado de Toluca) del lapso festivo de la Santa Cruz, la cual marca ritualmente el inicio de la temporada lluviosa del año trópico, como se indicó. Así, mediante su señalamiento ritual, se pone de manifiesto el momento en que se establece una especie de puente *acuático* —desde el equinoccio de primavera, cuando desciende agua del Nevado de Toluca, hasta que arranca la época de lluvias— a fin de sea aprovechado por los cultivadores de esta zona.

Es posible que la humedad —que caracterizaba a los suelos de Atenco (Gobierno del Estado de México, 1955: 31) y la alta fertilidad de éstos (Valdés, 1955:13-14)— haya posibilitado el paso de la etapa preagrícola a la de domesticación y del cul-

tivo en la parte más alejada de la ciénaga de Lerma. Hipótesis que se fundamenta en lo siguiente. Hasta la desecación del depósito acuático, en el siglo xx, se acostumbraba sembrar los predios de labor —que habían sido inundados con el agua de deshielo del Nevado de Toluca sobre todo— sin el uso de instrumentos. Así, el plantador recurría a la forma denominada «tapapié» —que era común en distintas localidades de la zona lacustre—, para «abrir» con su talón un hueco en el suelo blando, depositar la simiente y cubrirla con la tierra suave, utilizando su propio pie. Es decir, los antiguos habitantes pudieron manejar plantas y/o semillas del ancestro del maíz (el *teocintle*) en la tierra húmeda que, año con año, era empapada con el agua descendente. Lo anterior implica, teóricamente, que la agricultura de temporal de San Mateo Atenco y de la zona media del antiguo Matlatzinco constituye una variante de humedad que pudo propiciar el despunte del cultivo en contextos lacustres de altura con volcanes nevados (Albores, 2002: 251).

En San Mateo Atenco —así como en la zona lacustre y en localidades del antiguo Matlatzinco— existía otra siembra que se realizaba, a pesar de las condiciones ambientales poco favorables, gracias al agua de deshielo del Nevado de Toluca. Se trata de una siembra de particular importancia, debido a que se llevaba a cabo de manera generalizada por todos los cultivadores, aun cuando estaba acotada a un *momento*, por lo que podemos denominarla siembra *mínima* —tanto por lo reducido del tiempo que a ésta se le dedicaba como por la cantidad del grano y de la superficie sembrados—, si bien tenía lugar con un fuerte contenido ritual; es un *momento* que también está señalado por una celebración religiosa: la fiesta de la Candelaria o «Candelaria», conmemorada el 2 de febrero, fecha en la cual la siembra *mínima* se efectuaba en predios que, siendo de humedad, se cultivaban mediante el sistema de temporal<sup>21</sup>. Lo significativo de esta siembra es que parece referirse a una

mesoamericana también se reconoce, en algunas regiones, una etapa seca dentro de la mitad o época lluviosa. Me refiero a la canícula que, tratándose de ausencia pluvial, puede, según se dice, llegar a ser la más seca del año.

21 En cuanto a lo anterior puede consultarse a Rojas (1985, t. I: 132, negrillas: B. Albores), quien menciona que «Tras la antigua y ya tradicional forma de diferenciar la agricultura según la fuente de aprovisionamiento de la humedad en *temporal*, *humedad* y *riego*» se manifiestan «las diferencias en la intensidad agrícola», a partir de las cuales se han dividido «los sistemas intensivos, ya sea anuales o continuos, y los de temporal», los cuales «rara vez lo fueron de tipo intensivo. Ello no descarta» que «algunos sistemas de temporal fueran más intensivos, bien porque se daban condiciones naturales excepcionales» o por «arte del trabajo humano que acondicionó [...] el terreno».



cuestión conceptual importante. O sea, su finalidad radicaría, en mi opinión, en marcar el inicio ritual del proceso agrícola de temporal, cuyo ciclo *parcial* o *menor* corre —en la cultura de origen mesoamericano— de la fiesta de la Candelaria a una de las fechas de la fiesta de Muertos. Así, entre estas fiestas hay una cuenta, que no es única, que va del 12 de febrero (fecha gregoriana equivalente al 2 de febrero juliano) hasta el 30 de octubre, abarcando 260 días. Se trata de una cuenta que pudiera corresponder a una especie de variante fija del ciclo calendárico que en náhuatl se llama *Tonalpohuali*. En este marco, el esfuerzo por establecer dicha cuenta respondería a la intención de homologarla a los ciclos universales que, conceptualmente, están estructurados a partir del ciclo calendárico de 260 días (Albores, 2006b), rigiéndose, además, por la cuenta de 365 días, como veremos.

### Los graniceros y el grupo A de fiestas

Las cuatro fiestas —que en el área del Olotepc se articulan por la actividad ritual de los graniceros de Texcalyacac y Joquicingo— también son celebradas en el territorio que abarcó el Matlatzinco y, en general, Mesoamérica<sup>22</sup>. En la zona lacustre las fiestas de la Candelaria, la Santa Cruz, la Asunción de la Virgen y la Llegada de los Muertos se conmemoran en las fechas pareadas respectivas del 1 al 2 de febrero (o solo en la última fecha), 2 al 3 de mayo, 14 al 15 de agosto y 1 al 2 de noviembre.

Antes mencioné que los quicazcles de Texcalyacac y los saudinos de Joquicingo —quienes deben celebrar de manera obligatoria las cuatro fiestas— son llamados, genéricamente: graniceros. Éstos habitan entornos geo-ambientales alrededor de los volcanes nevados del centro del país: el Nevado de Toluca, el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl. Mediante el llamado «golpe del rayo» que envía Dios —y Tláloc,

sobre todo antiguamente— los graniceros reciben el «don», a partir del cual los integrantes de las corporaciones, en particular del antiguo Matlatzinco, se convertían en servidores de Ehécatl-Quetzalcóatl, quedando facultados para controlar, entre otras cuestiones, el tiempo meteorológico. Ello significa que los graniceros adquieren poderes para favorecer, a través de su acción ritual, una época de lluvias que permita el cabal logro de la cosecha, sobre todo del maíz, la planta divina, por excelencia, de los mesoamericanos.

Así, el 2 de mayo, el 14 de agosto y el 2 de noviembre los graniceros del Olotepc preceden respectivas procesiones que suben al santuario del Olotepc para abrir —en mayo— la temporada lluviosa y la «compuerta» del volcán, a fin de dar cauce al agua que, según las creencias de origen mesoamericano, se encuentra contenida en los montes sagrados. Sobre lo anterior cabe recordar que los cerros son como «vasos» llenos de agua (Sahagún, 1956, t. I: 72-73), de los que emerge este líquido vital y toda la riqueza: la fertilidad en general y los mantenimientos. Para esta fiesta se «viste» o se «adorna» la cruz que se coloca en varios lugares que simbolizan el plano del mundo, mediante la realización de distintos rituales. Uno de éstos es «la plantación de la cruz», como es designada la ceremonia de petición de buen temporal y por un ciclo agrícola propicio en Tlalcilalcalpan, pueblo del municipio de Almoloya de Juárez.

En agosto, los graniceros vuelven al santuario para agradecer por los frutos tiernos del maíz: los elotes, siendo el 15 de ese mes el hito que señala el inicio de la cosecha de esos frutos. Finalmente, en noviembre los graniceros «cierran» la compuerta del Olotepc, a la vez que el día 2 marca el comienzo ritual de la cosecha del maíz macizo. El vínculo de las fiestas de mayo, agosto y noviembre con la del 2 de febrero se establece, en términos agrícolas, con base en que ésta es la fecha en que no sólo se bendice una parte del maíz (y otras plantas, como haba y calabaza) que se mezcla con la simiente que habrá de plantarse durante el ciclo agrícola. El día 2 también se sacralizan distintos elementos, algunos de los cuales se usarán, en lo que atañe al aspecto agrícola, para «un buen temporal», es decir, para que las lluvias lleguen a tiempo y para «deshacer las colas de agua» (trombas, lluvia con vientos huracanados) que pueden dañar los cultivos.

22 Lo generalizado de su celebración sugiere su importancia, aun cuando fue en la zona lacustre donde las encontré estructuradas orgánicamente por la actividad religiosa de los graniceros del Olotepc, como antes lo he mencionado. También en el municipio de Tuxtla Chico, Chiapas —donde se ubica el sitio arqueológico del Formativo de Izapa—, encontré la misma estructura de fiestas, cuyo vínculo orgánico se establece por la actividad del especialista ritual conocido localmente con el nombre de origen maya: «chimán» (Albores, 2007).

## Agricultura y las cuentas del tiempo

Las fiestas obligatorias de los graniceros del Olotepéc cubren un lapso o ciclo fijo (al que ya se hizo referencia) que contiene tres cuentas de 260, 263 y 265 días, partiendo del 12 de febrero (equivalente al 2 de febrero juliano) hasta tres fechas respectivas de la conmemoración de Muertos: 30 de octubre, 1 y 2 de noviembre. En sentido agrícola, este lapso con sus tres cuentas corresponde al ciclo *parcial* del maíz de temporal que comprende desde la siembra del grano hasta que el fruto llega a la plena madurez y está listo para su separación de la planta madre. El cultivo del maíz abarca además un ciclo *completo* o *mayor* de 365 días, que incluye la cosecha del fruto maduro y la quinta fase de cultivo: el levantamiento del rastrojo, o sea, los restos secos de la planta que consisten en tallo, hojas y raíz. Este ciclo se estructura con base en cuatro fiestas solsticio-equinocciales —o grupo B (Albores, 2006<sup>a</sup>: 101)— en conmemoración a San José (19 de marzo), San Juan (24 de junio), San Mateo (21 de septiembre) y el Nacimiento del niño Dios (24 de diciembre). Lo anterior también parece referirse a un esfuerzo de adecuación conceptual del ciclo agrícola a la otra cuenta calendárica de origen mesoamericano, la de 365 días, en su variante fija, es decir, alineada con el año trópico.

Los ciclos *parcial* y *total* del maíz están imbricados al igual que los ciclos festivos de los grupos A y B. Así, de la celebración de la Candelaria (en febrero) a la de la Virgen de la Asunción (en agosto) se sitúan los llamados «trabajos» o «cultivos» (como veremos de nuevo más adelante) y, desde la Asunción hasta la Candelaria, se establece la cosecha o «el goce» de los frutos tiernos y maduros del maíz. Con base en esta estructura anual doble, de 260 y 365 días, durante la etapa final de la Laguna de Lerma (1900-1970) tenían lugar los rituales relacionados en primer lugar con el trabajo del maíz de temporal, mismos que aún se celebran en buena medida (aunque cada vez más despojados de su antiguo carácter no sólo agrícola sino, sobre todo, en términos de la concepción del mundo) como se menciona a continuación, de manera esquemática<sup>23</sup>.

El 1 de enero, los ancianos observan con atención «la entrada del año» por ciertas señales en el cielo, que

interpretan para pronosticar si habrá de ser un año agrícola bueno o malo. En ese día también tiene lugar la bendición inicial de la simiente, la cual recibe una segunda sacralización el 2 de febrero, fecha en la cual se efectúa la primera siembra, *mínima*, del maíz. La segunda siembra —efectuado por el grupo *minoritario*— es en marzo y la tercera —que realiza el grupo *mayoritario*— empieza en abril, meses en los que, durante el Carnaval y la Semana Santa, se conmemora a uno de los patrones sagrados del municipio: Nuestro padre Jesús. La siembra *mayoritaria*, iniciada en abril, concluye en la primera quincena de mayo, en la que se celebra la Santa Cruz, el Santo Jubileo y a San Isidro Labrador.

La siembra es el primero de los llamados «trabajos» o «cultivos», que también incluyen dos o tres «alomamientos». Durante éstos se «arrima» tierra en torno al tallo de la planta del maíz, se la abona, se la libera de la hierba que prospera en su cercanía y puede «ahogarla» y por último, de ser necesario, se abren canales para extraer el agua pluvial excesiva. Al considerar lo anterior, podemos ver que el período de «cultivos» y de los rituales propiciatorios se extiende del 2 de febrero hasta aproximadamente el 15 de agosto, fecha esta última en que se celebra a la Asunción y señala el inicio del corte de los elotes. Otros dos momentos importantes de la cosecha de las mazorcas son marcados, de manera respectiva, por las fiestas de San Mateo (21 de septiembre) —cuando el maíz está endureciéndose— y la de Muertos (2 de noviembre) —en que el fruto ha alcanzado su plena madurez—. En sentido amplio, la cosecha se dilata, ritualmente, hasta el 2 de febrero, debido a que, además del grano, se siegan los componentes de la planta seca. Las fiestas de diciembre: de la Virgen de Guadalupe (el día 12), el Nacimiento del niño Dios (el 24) y del Fin de año (el 31) constituyen topes rituales de fin de la cosecha del maíz seco, misma que tiene como última señal, en varios pueblos de la región del Nevado de Toluca, la fiesta de San Francisco de Sales (24 de enero).

La imbricación de los lapsos que cubren los grupos A y B (con sus cuentas de 260/263/265 y 365 días) condujo a profundizar el análisis de los rituales correspondientes, mostrando que dichos grupos festivos se refieren no sólo a los ciclos agrícola y meteorológico —implicados en el cultivo del maíz de temporal— sino también a los ciclos cósmicos, entre

23 Sobre este aspecto, consultar Albores (2004).



los que destacan, por su significación en la cultura mesoamericana, otros cuatro tipos de ciclos, a saber: humano, mítico, astronómico y calendárico. Al respecto, en lo que se refiere al grupo A, el 2 de febrero se bendice la simiente, en alusión al ciclo agrícola; velas y ramos para un buen temporal, en relación al ciclo meteorológico; pan, monedas y otros elementos, en referencia al ciclo humano de vida pues se usan en los momentos cruciales de ésta: parto/nacimiento, matrimonio y muerte; distintas variedades de maíz y numerosos arreglos y componentes —que incluyen comida y bebida: tamales y atole—, cuyos colores se asocian con los rumbos en que fueron levantados los árboles cósmicos al inicio de la última era o sol mítico, así como algunos productos: cerillos, pan, para cuando la era llegue a su fin. El 2 de febrero los graniceros inician un circuito ritual que concluye el 2 de noviembre, haciendo un total de 263 días (si contamos a partir de la equivalencia gregoriana del 12 de febrero), lo que alude al lapso promedio de visibilidad de Venus vespertino, que constituye la representación astral de Ehécatl-Quetzalcóatl, de quien los graniceros del Olotepc pasan a ser servidores y parte suya, una vez que son tocados por el rayo. Por último, el *camino* parcial, que ritualmente efectúan los quicazcles y saudinos, establece una de las cuentas calendáricas mesoamericanas, equivalente a 260 días.

### El conjunto de ocho fiestas y el tiempo cósmico

La imbricación de los grupos A y B —mediante, entre otros aspectos, sus cuentas correspondientes, de 260 y 365 días— resulta en un conjunto de ocho fiestas. Sus cuentas apuntan al vínculo dialéctico de los principios femenino y masculino que implican, en lo que al proceso agrícola atañe, al ciclo parcial del maíz —cuya parte básica más amplia se efectúa en la época lluviosa o femenina del año— y a su ciclo total —que abarca también la época seca o masculina del año—. Ambos principios manifiestan, en su unicidad, el movimiento de los ciclos universales o tiempo cósmico, el cual ha sido conceptualizado como un proceso de nacimiento-muerte-resurrección o transformación, en la tradición mesoamericana. Esto es, en referencia a una forma de conceptualizar el mundo que se rige por las cuentas calendáricas de 260 y 365 días, cuya articulación caracteriza culturalmente a Mesoamérica.

### Corolario

He tratado lo relativo a la adecuación del cultivo del maíz en una zona lacustre de altura con volcanes nevados, a través del sistema agrícola de humedad y temporal, así como, en menor medida, mediante el sistema de humedad y riego. También expuse el vínculo del ciclo del maíz de temporal con algunos rituales y con la conceptualización del mundo en lo que se refiere a las cuentas calendáricas de 260 y 365 días, a fin de ejemplificar un aspecto conceptual relevante, que fue generalizado en Mesoamérica. Esto es, a partir de un caso dentro de la diversidad geoambiental, a la que debieron hacer frente los pueblos de aquella superárea, en respuesta a los requerimientos económicos, de manera particular en lo relativo a los mantenimientos, que tuvieron un sostén —también religioso y en cuanto a la forma de conceptualizar el mundo— en la producción de maíz. En tal marco, el estudio de ese sistema agrícola puede aportar valiosa información a fin de rescatar, así sea parte del antiguo paisaje y de los modos de vida de raíz mesoamericana, y también puede integrar una base para, eventualmente, detener la destrucción ambiental y la acelerada pérdida de la cultura milenaria, que ha sido uno de los corolarios destructivos del capitalismo en México.

### Bibliografía

- ALBORES A., Beatriz (1985). «El desplazamiento de las lenguas indígenas en la antigua zona lacustre del Alto Lerma», *Cuicuilco*, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Año IV, n.º 16, enero-junio, pp. 23-35, México.
- ALBORES A., Beatriz (1990). «La producción lacustre en el sur del valle de Toluca», en Manuel Miño (Coord.), *Mundo rural, ciudades y población del Estado de México*, pp. 219-232, El Colegio Mexiquense, A. C., Instituto Mexiquense de Cultura, México.
- ALBORES A., Beatriz (1995). *Tules y Sirenas. El impacto ecológico y cultural de la industrialización en el alto Lerma*, El Colegio Mexiquense, A.C., Gobierno del Estado de México, Secretaría de Ecología, México.
- ALBORES A., Beatriz (1998a). «Origen pre-mexica de las chinampas de la zona lacustre del alto Lerma mexiquense»,

- Documentos de Investigación 22*, El Colegio Mexiquense, A.C., Zinacantepec.
- ALBORES A., Beatriz (1998b). «Los Otomianos del alto Lerma mexiquense. Un enfoque etnológico», *Estudios de cultura Otopame 1*, pp. 187-214, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- ALBORES A., Beatriz (2000). «Los pescadores de Techuchulco y el río Lerma», en Hernández Rodríguez, Rosaura, coordinadora, *Joquicingo. Cuadernos Municipales quince*, pp. 23-63, El Colegio Mexiquense, A.C.
- ALBORES A., Beatriz (2002). «Apuntes sobre la agricultura maicera de humedad y temporal en San Mateo Atenco, Estado de México» en Revista *Ciencia Ergo Sum*, noviembre, vol. 9, número 3, Universidad Autónoma del Estado de México.
- ALBORES A., Beatriz (2004). «Las fiestas religiosas mexiquenses. Un esquema inicial», *Documento de investigación 89*, El Colegio Mexiquense, A. C.
- ALBORES A., Beatriz (2006a). «Los graniceros y el tiempo cósmico en la región que ocupó el Matlatzincó», *Estudios de Cultura Otopame 5*, pp. 71-117, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.
- ALBORES A., Beatriz (2006b). «Una travesía conceptual: Del Matlatzincó al valle de Toluca», en *Anales de Antropología* Volúmen 40-I, pp. 253-282, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
- ALBORES A., Beatriz (2007). «Rituales del tiempo en el área de Izapa, Chiapas. Una aventura etnográfica». Ponencia expuesta en el *Primer coloquio de Etnografía Maya. Desde el Xincá al Ch'orti'*, que tuvo lugar del 1º al 3 de octubre en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- ALBORES, Beatriz y Laura REYES (2011). «Cultivo de Milho e os Rituales do Tempo no Vale de Ixtlahuaca-Jocotitlán, México», «Cultivo del maíz y rituales del tiempo en el Valle de Ixtlahuaca-Jocotitlán, Estado de México», «Corn Plantation and the Rituals of the Time in the Ixtlahuaca-Jocotitlán Valley, Mexico», *Ateliê Geográfico. Revista Eletrônica, Goitia-go*, vol. 4, N.º 10, abril/2010, pp. 01-43, ISSI: 1982-1956.
- ARCE, José, Luis GARCÍA, Armando GARCÍA PALOMO, José Luis MACÍAS y Lucía CAPRA (2010). «La cuenca del Alto Lerma: espacio físico e influencia del vulcanismo», en Yoko Sugiura Yamamoto, *La gente de la ciénaga en tiempos antiguos. La historia de Santa Cruz Atizapán*, pp. 23-41, El Colegio Mexiquense, A. C., UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, DGAPA, México.
- AVENI, Anthony (1991). *Observadores del cielo en el México antiguo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- CHEDID Abraham, José F. (1990). «Programa de restauración de la Cuenca Alta del río Lerma», ponencia presentada el 1º de junio de 1990 en la ciudad de Toluca, durante el Primer congreso estatal de ecología, organizado por el Grupo Ecologista de Toluca, A. C.
- GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO (1955). *Ensayo socioeconómico de una comunidad. San Mateo Atenco*, Toluca.
- PALERM, Ángel (1967). «Agricultural Systems and Food patterns», en *Handbook of Middle American Indians*, Social Anthropology, v.t, pp. 28-42, University of Texas Press, Austin.
- ROJAS RABIELA, Teresa (1983). *La agricultura chinampera. Compilación histórica*, Universidad Autónoma de Chapingo, Dirección de Difusión Cultural (Colección Cuadernos Universitarios. Serie Agronomía, 7), México.
- ROJAS RABIELA, Teresa (1985). «La tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI», en rojas Rabiela, Teresa y William T. Sanders (comps.), *Historia de la agricultura, época prehispánica-siglo XVI*, pp. 129-236, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Biblioteca del INAH, 1), México.
- ROJAS RABIELA, Teresa (1991) coord., *Agricultura indígena: pasado y presente*, CIESAS, México.
- REYES MONTES, Laura y Beatriz ALBORES ZÁRATE, Ms, «Agricultura y rituales del tiempo en el Valle de Ixtlahuaca-Jocotitlán, Estado de México», *Documentos de Investigación*, El Colegio Mexiquense, A. C. En prensa.
- SAHAGÚN, Bernardino de (1956). *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México. 4 tomos.
- VALDÉS MONDRAGÓN, Francisco (1955). *Monografía del municipio de San Mateo Atenco, Estado de México*, tesis para optar por el título de Maestro en Geografía, México, Escuela Normal Superior.
- WEST, Robert y Pedro ARMILLAS (1983). «Las chinampas de México. Poesía y realidad de los 'jardines flotantes'», en Rojas Rabiela, Teresa (comp.), *La agricultura chinampera. Compilación histórica*, pp. 99-114, Universidad Autónoma de Chapingo, Dirección de Difusión Cultural (Colección Cuadernos Universitarios, serie Agronomía, 7).